

La perla del emperador y los santiagueños

Daniel Guebel es alto, delgado, tiene treinta y tres años (aparenta menos); su novela *La perla del emperador* ha ganado el Premio Emecé 1989-1990, y por el color del pelo se podría sospechar que uno de sus antepasados era pelirrojo. Rápidamente explica que trabajó en periodismo y televisión, escribió una versión libre del *Fausto* que, además de representarse en nuestro Teatro Nacional Cervantes, fue llevada al Schiller Theater de Berlín Occidental; además tiene un taller literario. Pero en cuanto hablamos del género novelístico, las explicaciones son más minuciosas.

-Mi primera novela la escribí a los veintidós años. De ella puedo decir que es olvidable, olvidada y no publicada. Es una especie de parodia de la *Divina Comedia*. Mucho más acá, en el '88, publiqué *Arnulfo o los infortunios de un príncipe*; se trata de una falsa novela de caballerías, ligada a lo sexual y lo político con un humorismo al estilo de Adolfo Stray. Después escribí un par de historias breves y luego empecé a trabajar en un tríptico novelesco muy pretencioso; se titulaba *La investigación del reflejo absoluto* y era una falsa biografía de los hermanos Lumière. En algún momento de ese libro apareció una voz y empezó a contar una historia muy diferente del resto; ése es el comienzo de *La perla del emperador*.

-¿Por qué la acción arranca en Kuala Lumpur, en el corazón de Malasia?

-No sé, supongo que es un homenaje a Sandokán, el Tigre de la Malasia. Se me impuso, las

cosas vinieron por aluvión, así como a la mujer, llamada La perla de Labuán (otra vez Salgari), le ofrecen la perla del emperador.

-¿No te parece un poco raro que esta señora tome continuamente la "popular bebida malaya", que es nuestro mate, en pleno siglo XVII?

-No, porque a mí me gusta tomar mate en verano y pensar en la novela que escribiré; es un buen ejercicio.

-¿Cómo es tu novela?

-Es una promesa de mundos flotantes, ese efecto de cajas chinas una dentro de la otra, pero sin la cosa mecánica. Cuando yo era muy chico me regalaron un anillo, quise mostrarlo a los compañeritos del colegio e hice lo que hacen los japoneses cuando quieren realzar un objeto: envolverlo en sucesivos paquetitos cada vez más grandes para que el ritual de desenvolverlo lo convierta en algo sagrado. Cuando en la escuela desarrollé uno a uno todos los paquetitos, en el último no había nada; el objeto nunca apareció. Esa es *La perla del emperador*, pero cada decepción es una nueva promesa, un relato sigue a otro.

-¿Has contado cuántos hay en el libro?

-No, pero no son tantos como hubiera querido, porque ahora estoy pensando en la continuación. Me han acusado por ahí de interrumpir caprichosamente una novela de aventuras. No es así. Tomo un poco el modelo de Salgari, que interrumpe los episodios en el momento

más importante, pasa a otras peripecias para volver luego a la primera historia. Pero sólo me acerco a ese modelo porque mi novela ofrece promesas que no se cumplen; el lector cree que ésa es la verdadera historia y no lo es y el libro se transforma así en una novela infinita.

-¿Como las novelas chinas de la Edad Media?

-¿Pensás en *El sueño del pabellón rojo*? Puede ser, no he podido leerla pero me la contaron.

-¿Qué modelo literario es el inspirador de esa mujer tan espiritual y a la vez sensual?

-Combina varias imágenes, la Ayesha de Haggard y alguna de mis amigas, pero a éstas no puedo delatarlas.

-¿Cuánto tiempo tardaste en escribir *La perla del emperador*?

-Cuatro años, la escribí por fragmentos porque no había entendido el modo de construirla. Después me di cuenta de que las historias no debían concluir sino diluirse.

-Son relatos abiertos, entonces.

-Sí, pero no abandono a los personajes; ellos siguen con otras caras, se van mutando, el tartamudo se convierte en filósofo.

-¿Cuál de tus personajes te cae más simpático?

-El más parecido a mí es Housai, tengo su misma edad y en el momento en que escribía la novela, encarnaba un terror que padecía; el hecho de llegar a la treintena y no haberme casado.

-¿Te casaste?

-No. Superé el terror y entré en la resignación.

-¿Cómo recibiste el premio?

-En la peor situación del mundo. Estaba en Brasil, visitando a mi hermana y me enfermé terriblemente.

-¿De qué?

-Comí algo que me hizo mal, una comida indigna de un príncipe malayo como yo. No sé si esperaba el premio, me presenté para ganarlo. Con mi primer libro pasé tres años buscando editor e indignado porque mi vanidad era enorme y pensaba: cómo no se dan cuenta de que esta novela es maravillosa. Para no enfrentar otra vez la incompreensión del mundo, y por consejo de Juan Forn, lo presenté al concurso.

-¿Conocés Kuala Lumpur?

-No.

-¿Cuándo vas a ir?

-Espero que me inviten cuando se traduzca *La perla del emperador* al malayo. Mientras tanto recorreré el Paraná de las Palmas, sus islas, sus riachos porque una de las últimas versiones cinematográficas de Sandokán, el Tigre de la Malasia, vinieron a filmarla al Tigre. ¿Lo sabías? Y junto a los actores extranjeros contrataron a nuestros paisanos santiagueños, que resultaron ser lo más parecido que hay a un malayo.

María Esther Vázquez

(c) LA NACION